

La dependienta se ha marchado a por una talla más y ella se ha quedado sola. Cuando se mira al espejo todavía tiene la sonrisa en los labios. La sonrisa estaba dedicada al diminutivo que utilizó la dependienta. Dijo: «Una tallita más», y Eulalia bromeó sobre esos dos kilos de más como si no importaran, como si ella estuviera por encima de estas, de otras vulgaridades. Pero ahora que se ha quedado sola la sonrisa pierde todo el sentido porque Eulalia se encuentra ante lo que verdaderamente piensa. Piensa que la dependienta utilizó el diminutivo, una tallita, para no desanimar a una clienta que probablemente está dispuesta a gastarse un buen dinero, que es capaz de dejarse vencer por un capricho y comprar cosas inesperadas, que no le hacen falta, que puede que nunca se ponga. Ha utilizado el diminutivo con esa inteligencia que tienen las dependientas de los sitios caros para borrar los defectos evidentes de sus clientas. Pero Eulalia sabe muy bien que ese diminutivo no es más que una estrategia comercial, puede imaginarse, por qué no, a la dependienta comentando en voz baja a alguno de sus compañeros algo irónico, grosero incluso, sobre la imposibilidad de que a esa mujer que espera sola en el probador le sienta algo aceptablemente bien. Eulalia piensa que tiene el defecto de la lucidez, una lucidez que le sobreviene en los momentos en que está sola, la voz interior que le asalta de pronto analizando todo aquello que los demás le han dicho y que le tortura provocándole en el pensamiento una inundación de las probables intenciones torcidas de los otros. El psiquiatra le dijo que se trataba de una forma leve de para-

noia, eso le dijo, aunque cuando ella levantó las cejas en un gesto que expresaba el profundo malestar ante la idea de ser una paranoica, peor aún, de que alguien la tomara por una paranoica, el doctor Millán suavizó la afirmación, quiso tranquilizarla, convencerla de que la paranoia es uno de los trastornos más frecuentes de la psiquiatría, que la mayoría de la gente, de cualquiera que no haya contemplado jamás la idea de ir a un especialista, convive con ideas paranoicas. El egoísmo, la egolatría, la necesidad perpetua de ser adulado, de que el juicio que tienen los demás sobre nosotros sea positivo, esos defectos que definen a muchas personas y que nunca se toman por asuntos psiquiátricos, encubren muchas veces, en mayor o menor grado, ciertos niveles de paranoia. Y te diría más, le dijo Millán, es algo frecuente en los individuos con una sensibilidad creativa: todo para ellos es rabiosamente personal, todo es autorreferencial, no hay nada en el mundo que no guarde una estrecha relación con ellos, hasta el punto de hacer conexiones absurdas de pensamiento para llevarlo siempre al terreno que quieren, al yo; lo que ocurre es que la palabra da miedo, pero tener leves trastornos psiquiátricos es casi inherente al ser, ¿de qué viviría yo, si no?; ¿quién está sano?, ¿conoces tú a alguien que esté sano, Eulalia? Tú que te mueves en un mundo de personas inteligentes, capaces, que han logrado encauzar todas sus frustraciones, sublimar incluso sus taras en un trabajo artístico, ¿piensas que esas personas sensibles, competentes, que tú conoces, que admiras, están completamente sanas?

Ahí se acabó aquella sesión. Eulalia y el doctor Millán se tendieron la mano y ella salió del despacho con la sonrisa en los labios, la misma sonrisa amistosa y ligeramente irónica que regalaba tantas veces al día, la que había dedicado hace tan sólo un momento a la dependienta, una sonrisa que siempre se borraba de pronto, como si los labios perdieran la vida, perdieran musculatura y se cayeran hacia abajo en un gesto repentino. Nada más salir

aquel día del despacho del psiquiatra, Eulalia pensó que era evidente que el médico, después de lanzar una afirmación tan inquietante, había intentado rectificar teorizando sobre la línea invisible que separa la cordura de la enfermedad. Estaba claro que lo había hecho para que ella no se molestara en exceso y siguiera acudiendo a su consulta. Pero ya estaba dicho. Para su mente torturada y obsesiva ya estaba dicho, sabía perfectamente que la palabra paranoia rondaría a partir de ese momento por su pensamiento de una forma latente brotando a la conciencia en el momento más inadecuado, cuando estuviera entrando en el sueño, o en esa hora del amanecer en la que desde hace ya casi un año se despierta.

No, el psiquiatra había rectificado porque no quiere perderla, al fin y al cabo, tiene con ella una información más que apetecible de los personajes de la vida pública; en cualquier relato de la semana que le cuenta deja caer varios nombres de gente conocida, y no porque ella tenga un empeño especial en relatar a Millán ciertos cotilleos culturales, sociales, sino porque la vida de Eulalia y de Samuel, su marido, está inevitablemente ligada a la de otros personajes públicos. Forman parte de ese hilo de celebridades del que, si uno tirara, sacaría una por una a todas las personas que son alguien en este mundo. Cuando el doctor Millán escucha esos nombres célebres adopta un gesto neutro. Es evidente que sabe muy bien de quién habla su paciente pero él finge —o tal vez no finge— que por lo único que le interesan las historias, chismes, mezquindades, de esos personajes secundarios es por la relación que guardan con ella y con su infelicidad, por llamar de algún modo a la dolencia de la que Eulalia intenta curarse. En esos momentos en los que el doctor teoriza o intenta centrar una conversación que se ha dispersado en exceso, Eulalia se dedica a observarle. Piensa en lo extraordinario del llamado secreto profesional. Quién se cree eso. Ella intuye el placer con que el médico escucha secretos a los que

jamás habría tenido acceso si no fuera porque un día ella se puso en sus manos intentando solucionar un insomnio persistente y agotador que le provocaba el miedo, cada vez más acusado, a perder la razón. Está segura, muy segura, de que él llegará a casa y le contará a su mujer, o a su novio —es tan neutro cuando está con ella que cabe la posibilidad de que sea homosexual—, algún detalle de la jugosa sesión de la tarde. La mujer, o el novio, querrán saber más. Él no lo contará todo a la primera, tiene que demostrar cierta honradez, ciertos escrúpulos, pero él, o ella, insistirán, jurarán que no van a contar nada a nadie, y el doctor Millán, como cualquier psicólogo, psiquiatra, conferenciante o ginecólogo, acabará narrando la historia al completo, no sólo sirviéndose de las palabras que su paciente ha empleado sino añadiendo su propio juicio, analizando la forma en que le fueron contados tales episodios, tal vez desvelando al hacerlo en voz alta algunos aspectos que él mismo no llegaba a comprender, tal vez escuchando la opinión de su mujer, de su novio, y apuntando, por qué no, en el cuaderno dedicado a esa paciente —el mismo en el que toma nota durante las sesiones— una ocurrencia espontánea de su pareja, que resulta ser luminosa y precisa, con esa perspectiva nada desdeñable que a veces tienen los de fuera, los que están más allá de aquel pequeño despacho en que una mujer aquejada de insomnio y un psiquiatra intentan desenmarañar una mente que es, sin duda, mucho más compleja de lo que a primera vista esa sonrisa tan aparentemente franca quiere parecer. Puede que fuera después de una de esas conversaciones domésticas cuando el doctor Millán anotó la palabra Paranoia, pensando que a veces hay que arriesgarse y lanzar una idea bruscamente al paciente a ver qué efecto provoca, igual que se cuentan las ondas que se forman cuando tiramos una piedra al agua. Y para él fue evidente que en ese gesto involuntario de disgusto que brotó en la cara de su paciente al escuchar el posible diagnóstico, se desvelaron algunas

cosas. Al menos, el nivel de sus miedos. Ella recuperó casi inmediatamente la compostura como si no quisiera que se apreciara cuánto dolor había provocado esa afirmación inesperada, que tomó íntimamente más como una acusación que como una puerta que se abría. Se sobrepuso. Aunque el asombro siguió en su interior, en su cara apareció la sonrisa, y la mantuvo mientras se daban las manos cordialmente como hacían al final de todas las sesiones para despedirse. Las manos de él mostrando el afecto profesional, enigmático, de los psiquiatras.

Desde aquel día Eulalia intenta borrar de su pensamiento lo más rápidamente que puede aquello que le provoca desconfianza hacia los demás. Es una forma de demostrarse a sí misma que no hay ni sombra de paranoia en su actitud. Intenta controlar la idea de que en cada frase que le dirigen, la más trivial, va envuelta una pequeña agresión. Una tallita más. Bueno, qué coño importa. Tampoco importa lo que esta dependienta que ahora abre la puerta y le da otra blusa haya comentado con sus compañeras. Al fin y al cabo es cierto que hoy, por lo que sea, nada le sienta bien. Probablemente su malestar proceda de que le gusta una ropa que ya no le corresponde. Nada más que eso. Nada menos. El hecho de no poder abrocharse una talla cuarenta la ha precipitado a un repentino desánimo. Como si en ese pequeño hecho nada trascendental, más bien bobo, una talla más, que ocuparía un reportaje en el *Cosmopolitan* pero nunca unas páginas de interés literario, estuvieran resumidas todas aquellas cosas fundamentales que provocan el que una mujer acabe llorando dentro del probador de una tienda. Aunque Eulalia no lo piense o no sepa que lo está pensando, en esa ansiedad que ahora mismo le sube del pecho a la boca y llena su abdomen de sudor frío, están contenidas muchas tristes evidencias. La primera de ellas, que la vida ha perdido el ingrediente de excitación que otorga el saberse joven y deseable. Esta tarde está eligiendo un conjunto para una

cena que va a dar en casa. Sabe las personas que van a asistir, once. La comida está encargada. Se la llevan a las ocho. A las ocho y media acudirán dos camareros contratados para la ocasión. La mesa ya está puesta, dispuesta, incluso ya decidieron entre Samuel y ella dónde sentar a los invitados, es penoso hacerlo a última hora, cuando las personas rodean la mesa con el vaso en la mano esperando que alguien les diga dónde les toca o arrimándose disimuladamente al comensal que más les interesa. Samuel presidirá, por supuesto, y a su lado, sentarán a la mujer del cónsul, además de ser lo apropiado también es un deseo de Samuel, que siempre quiere tener mujeres hermosas cerca para mantener un coqueteo que a Eulalia no se le escapa pero tolera porque sabe que su sitio en el mundo ya no peligra y porque en el hecho de ser condescendiente con un marido mucho mayor que ella, con un viejo, va implícita cierta venganza muy sutil: la de no sentir celos de aquel que en cuestión de pocos años va a depender de ti para siempre.

Le queda mucho mejor esta blusa más ancha. Le queda bien, sí. Le da un aspecto entre juvenil y sofisticado. Eso es lo que dice la dependienta que se ha colocado detrás de ella. Es un probador muy grande, como una habitación, les permite estar a solas y mirar al espejo con cierta distancia. Estás muy guapa, te da un estilazo bárbaro, dice, y se queda contemplándola con una especie de orgullo personal porque sabe que hoy ha sido difícil acertar, no se le escapa que su clienta tiene los ojos cercanos al llanto, o ha llorado o puede estar a punto de echarse a llorar.

Sí. Sí, está muy bien. Vaya, gracias, te he mareado de verdad. Es que hoy no es mi día, dice Eulalia, y se pasa un clínex por la frente para secar el sudor que primero fue provocado por un exceso de calor y luego impregnó la piel como una crema helada empapándole el pecho y el cuello, las sienes. ¿Quieres tomar algo?, le dice la dependienta, siéntate un rato, te tomas un café y yo mientras te voy em-

---

paquetando las cosas. Gracias, sí, ponme un café, no tengo mucho tiempo pero creo que debería descansar un poco.

Se sienta en la pequeña cafetería de la tienda y respira profundamente. Se ve reflejada en los espejos de la pared del fondo. Qué ve. Desde tan lejos no se aprecian los cuarenta y cinco años que cumplió hace un mes. No está mal, no está mal. Sólo es una mala época. Pero todo es transitorio. Los síntomas al fin y al cabo no son de importancia, los sudores, las palpitaciones y cierta predisposición al llanto, a sentirse herida. No se puede decir que sea algo físicamente doloroso. Lo doloroso es que se hayan ido de las manos esos años en los que la vida podía cambiar de la noche a la mañana, en los que una cena no era una simple reunión de amigos o de conocidos. Una cena, el salir por la noche, abría toda una serie de posibilidades que muchas veces no se cumplían, pero que estaban ahí, en la esencia de la misma juventud. Pero esta melancolía que ahora siente forma parte también de una gran contradicción, ¿no había luchado ella furiosamente para conseguir una posición perdurable?

El sudor va desapareciendo poco a poco. Suena el móvil. Mira en la pantalla. Es Leonor, su madre. Ya es la tercera vez que la llama desde que salió de casa esta mañana. El problema es que su madre no acaba de ver claro por qué mientras hay una cena en el salón ella tiene que quedarse en la cocina. Con la chacha, dice. Leonor nunca se refiere a Tere como la chacha, pero desde que ayer supo que no cenaría con los invitados le gusta repetir machaconamente que la van a relegar a la cocina, con la chacha. En realidad ya estaba previsto en la cena que dieron el mes pasado que Leonor se quedaría en la cocina cenando y viendo la tele, pero la muy bruja, pensaba Eulalia, se las apañó para salir cuando aún estaban con el vino del aperitivo. Dijo que sólo quería saludar. Y Eulalia se comportó como una buena hija: muy bien, mamá, saluda. Todos los invitados la besaron y ella actuó con desparpajo, con una

actitud confianzuda que chocaba mucho en una anciana pero que Eulalia conoce desde siempre. Luego adoptó un gesto de desamparo para despedirse, hasta se encorvó un poco, falsamente, como hacen los actores jóvenes cuando pretenden representar a un anciano, cosa que irritó aún más a la hija que sabía que si su madre había tomado la decisión de salir hasta el salón no se iba a ir de allí de cualquier manera. Ahí os dejo, con vuestras cosas, dijo anifiando la voz, yo mejor me voy a mi cuarto, vaya a ser que mi hija se ponga nerviosa por si meto la pata o cuento algo que no debo aquí, delante de gente tan importante. Los invitados rieron y le pidieron, cómo no, que se quedara. Eulalia intentó inútilmente mostrarse natural, dijo, mamá, sabes que no hay espacio suficiente en la mesa. Pero ya la cosa se le había ido de las manos. Todos parecían considerar divertido que Leonor formara parte de la cena, al fin y al cabo, a quién no le gusta contemplar cómo los padres de nuestros amigos les dejan en evidencia, cómo sacan a relucir inapropiadamente asuntos caseros que luego darán mucho juego en el anecdotario que va pasando de unas cenas a otras. Eulalia lo sabía: Leonor no se iba a conformar con estar, no era ese tipo de anciana que se siente desplazada por las conversaciones de gente de otra edad o de otro mundo, no, ella monopolizaría la conversación.

Además de repetir excesivamente a los invitados si querían más comida y de repartir lo último que quedaba en las bandejas, porque dijo varias veces que era una pena tirar una comida tan cara, además de especificar los precios de cada bocado que se metían a la boca, preparó su sorpresa final para cuando llegaron los postres. Es posible que ese descaro que desplegó fuera provocado en parte porque tanto Jaime Castellet como Miguel Pamies le estuvieron llenando la copa con la maliciosa ilusión de desartarle la lengua completamente a aquella anciana imparable para que acabara contando las pequeñas miserias de su hija y su yerno, pero si así fue, les salió mal la jugada y se



volvió de pronto, abruptamente, contra ellos. A Leonor no se le ocurrió otra cosa que preguntarles, como si se tratara de una pregunta trivial y común, a cuánto había ascendido el adelanto de sus últimos libros. A Leonor le gusta soltar palabras así, adelanto, como para dar a entender que está en el ajo, que no ignora el vocabulario que se maneja en el mundo de su yerno. Eulalia intentó frenarla pero Leonor no es de las que permiten que se les deje sin responder a una pregunta y fue directa a Castellet. Para hacerle confesar no se le ocurrió otra cosa que informar de cuánto había cobrado su yerno por el último tomo de sus memorias, en el que ella —hablaba como si fuera la única que las había leído— no aparecía porque el libro se quedaba en el año 1980 y en ese año Eulalia y Samuel aún no se habían conocido, pero en el siguiente ya me ha dicho mi yerno que salgo, y yo le digo, pues date prisa que ninguno de los dos tenemos mucho tiempo para esperar. Los invitados se quedaron en silencio sin saber muy bien cómo debían reaccionar, hasta que Samuel empezó a reírse bruscamente y los demás interpretaron la risa como un permiso para celebrar el chiste de la anciana. Y rieron. Tal vez demasiado. A Eulalia no dejó de sorprenderle que su madre supiera cuánto dinero había cobrado Samuel por las memorias, hacía ya tiempo que le ocultaban ese tipo de informaciones, precisamente porque era capaz de soltarlas en el momento más inadecuado, casi siempre con un afán de presunción delegada. De forma magistral Samuel recondujo la conversación hacia el asunto de los adelantos. Él se divertía cuando eran los demás los que quedaban en evidencia, porque a pesar de la risa, Eulalia sabía de sobra que no soportaba ser el objeto de las impertinencias de su madre. Leonor siguió entonces con su juego. Volvió a la carga con Castellet. A la pregunta sobre el adelanto siguió un silencio espeso, y al silencio, la respuesta de Castellet, que sonó tímida, algo vergonzante, como si a sus sesenta y tantos años se viera reducido al niño que ha de confesar

una mala nota ante su madre. El adelanto de Castellet era ridículo. Y eso que es posible que Castellet para mejorar un poco la cifra la hubiera aumentado ligeramente, pero aun así, era penoso oír de la boca de un escritor de su categoría una cantidad tan miserable.

Eulalia comenzó a servir la tarta procurando que los postres, la encantadora solicitud con que ofrecía los platos a cada invitado, terminaran de una vez por todas con el asunto del dinero. Pero tanto Charo, la actriz a la que habían invitado aquella noche, como Joaquín, el diputado socialista, Camino, Cortés, y los dos profesores de la universidad de Princeton, habían vuelto ahora sus cabezas hacia Pamies haciéndole ver que su turno había llegado. Todo el mundo sabía que Pamies ganaba mucho dinero, que era sin duda el escritor que más libros vendía, y por tanto, el mejor pagado, pero no hubo nada arrogante en su respuesta, al contrario, Pamies confesó su último adelanto casi con la misma vergüenza que Castellet. En cada una de esas dos cantidades se contenía el rencor de cada uno de ellos. En Castellet, el hecho de ser valorado por unos cuantos críticos que calificaban cada novela suya como una obra maestra, una obra, decían, que no hacía concesiones al lector ni a la comercialidad, había acabado por no halagarle, incluso le molestaba, éste era su secreto: hubiera preferido ganar dinero, gustar a los lectores y no andar siempre lampando. Pamies, por el contrario, deseaba un reconocimiento de orden superior, no el de los lectores, que parecían no saciarse nunca de sus libros y de los que, desde hace tiempo, literalmente huía, y se sorprendía a sí mismo contestando a sus felicitaciones con respuestas parcas, antipáticas. Pamies deseaba una palabra elogiosa desde un suplemento literario. Cuando dejó caer la exorbitante cantidad, Leonor exclamó: «¡Bravo!», aunque para no ser tomada por alguien de escasa sensibilidad, se volvió a Castellet, le tomó la mano y dijo: «Lo siento». En realidad lo que ella sentía, con una vanidad mal disimulada, es

que únicamente su yerno parecía tenerlo todo, fama, dinero y reconocimiento. Ya no hubo quien remontara el ánimo de los dos escritores que se quedaron con la mirada perdida, cada uno rumiando su derrota o quién sabe si su venganza futura.

Tanto Samuel como Eulalia habían estado de acuerdo en que aquello no se podía volver a repetir. Aunque Samuel había disfrutado, repetía una y otra vez el interrogatorio al que su suegra había sometido a los dos literatos e imitaba las caras, el tono avergonzado de las respuestas. Hasta cuando se encontraron los dos en la cama con la luz apagada siguió riéndose. Una risa que se le mezclaba con la tos. Pobre Castellet, qué palo, pero ¿viste la cara que puso al decir quinientas mil, Lali, la viste?, pobre Castellet, menos mal que tu madre no se ha dedicado a la crítica literaria, pero sí, en la próxima cena hay que borrarla del mapa como sea. Continuaron las risas y las toses hasta que se quedó dormido. Un viejo malicioso que se ríe de las gracias de otra vieja aún más maliciosa que él. Eulalia tuvo este pensamiento pero lo borró de su mente porque temía que, como le siguiera la pista, tardaría mucho en dormirse. Esta noche ellos dos se habían librado pero con Leonor no se sabía, en cualquier momento te podías convertir en la víctima de su impudor. Samuel hablaba siempre de su suegra como de una anciana pero lo cierto es que Leonor sólo era seis años mayor que él. Ella acababa de cumplir ochenta y seis. A Samuel le venía bien que la vieja fuera tan impertinente porque eso la hacía parecer mayor que él, la gente suele atribuir el descaro de los viejos a esa segunda inocencia provocada por cierto deterioro mental, pero las salidas de tono de Leonor no eran consecuencia de ningún tipo de demencia senil, ella siempre había sido una mujer extravagante y tremendamente impúdica.

La solución era que Tere (la chacha a partir de esa misma tarde) se quedara a dormir en casa, cenara con ella, le diera conversación. De hecho ellas dos se entendían de

maravilla. Comían habitualmente en la cocina porque el matrimonio siempre tenía compromisos fuera. No se podía decir que mantuvieran una conversación, más bien Tere escuchaba un interminable monólogo en el que salían a relucir los trapos sucios de ahora y también los del pasado. Leonor, por algo peculiar que había en su manera de narrar las cosas, podía convertir cualquier recuerdo en algo miserable, salvándose ella de la miseria a fuerza de embustes. Contaba cómo se había casado y enviudado dos veces, el dinero que le dejaron sus maridos, y sobre todo, la forma, un tanto heroica —según su relato—, en que ella fue capaz de sobrevivir, el ojo que había tenido al cazar a Gaspar, su segundo esposo, el ojo que había tenido su hija para arrimarse a Samuel. Tuvo de quien aprender, decía siempre. Todo, todo en su boca se convertía en algo tan frío que descargaba las historias de amor pero también de sufrimiento. Tan frío, pensaba Eulalia, como el hecho de que ella hubiera llamado siempre a su madre por el nombre de pila, nunca mamá, como si no hubiera existido ni embarazo, ni hubiera mamado de su pecho, ni hubiera llorado en sus brazos. Leonor nunca hablaba de los primeros años de vida de su hija, así que eso, sencillamente, no existía. Eulalia sabía que a diario corría el riesgo de que su madre le contara a Tere cosas que no debía, o peor aún, mentiras que había ido construyendo a lo largo de los años para maquillar un pasado en el que no quedaba muy bien parada. Pero hacía tiempo que había decidido pasar de eso, al fin y al cabo Tere escuchaba a su madre entre atenta y distante, como a veces se escucha a los viejos, sin dar mucho crédito a lo que oía, y sin demasiado interés. Eso a Leonor no le importaba, en realidad era tal su egocentrismo que no estaba muy interesada en captar cuál era la verdadera actitud de su interlocutor, ella sólo quería unos ojos que la miraran, una cabeza que asintiera y una boca que sirviera para darle la razón. Además, es posible que todos aquellos secretos familiares de los que Tere se

enteraba a través de su madre no tuvieran mucho valor en la barriada en la que ella vivía. Su marido era un escritor célebre, sí, pero nunca podía despertar tanta curiosidad como si hubiera sido un actor, un futbolista, un presentador de televisión. Era una suerte haber encontrado a Tere. Ahora no se acuerda de quién se la recomendó. Sí, claro que se acuerda. Es que fue una cosa peculiar. Apareció hace dos años, cuando hicieron el traslado a la casa de Alfonso XII. El joven que capitaneaba la cuadrilla de operarios del servicio de mudanzas la vio tan agobiada organizando aquello que le dijo: si quiere, le traigo a mi novia que venga a echarla una mano, ella es muy apañada y nada la viene grande. Eulalia no se acuerda ni de haberle dicho que sí. El caso es que a los dos días Tere se movía entre los operarios y el caos de una casa a la que cada día le surgían problemas nuevos, como si siempre hubiera estado ahí. Y era cierto, nada le venía grande, nada parecía abrumarla. No era una chica excesivamente simpática, ni muy sonriente, pero había en ella una voluntad de agradar y un espíritu firme, muy resolutivo, que les hizo, a partir de ese momento, la vida mucho más suave. Despidieron a la muchacha anterior, y en su lugar se quedó —Eulalia decía siempre: y toco madera— la presencia gatuna de Tere, que se deslizaba con sus mopas y sus paños entre los muebles sin hacer ruido, como un fantasma. Incluso parecía que el teléfono sonaba menos, y es que ella se apresuraba a contestarlo para no perturbar el trabajo del señor. A veces Eulalia le preguntaba, qué tal con tu novio. Y ella decía, ahí sigue, con las mudanzas. Pero no añadía mucho más, se percibía, eso sí, que a pesar de que debía andar por los veintiséis años no tenía muchas ganas de casarse. Él sí, él sí que quiere, pero yo sin piso mío propio no me caso, así que no le quedará más remedio que esperar. No sabía mucho más de ella, entre que Tere era de pocas palabras y Eulalia no estaba casi nunca en casa no se puede decir que se conocieran demasiado. Sí, sabía que vivía en un piso al-

quilado en San Blas, e imaginaba que debía ser muy pequeño. Una vez la oyó comentar mientras pasaba la mopa al suelo del salón: toda mi casa entera es la cuarta parte de esta habitación, una se acostumbra a esto y luego ya no sabes cómo menearte en un sitio tan chico. Fue curioso porque Eulalia pensó que la frase iba dirigida a alguien, y se asomó para ver quién era el interlocutor; le extrañaba que Tere estuviera manteniendo ese tipo de conversación con su marido, más bien le resultaba chocante esa muestra de confianza en ella, siempre tan reservada, y allí la vio, en medio del salón, sola, apoyada en el palo de la mopa, en una actitud de reflexión muy intensa. Cuando Tere se dio cuenta de que involuntariamente había expresado un pensamiento en voz alta se puso a limpiar con cierto rubor, como si hubiera sido pillada en un renuncio, en la confesión de un deseo secreto.